

**IDENTIDAD Y POBLACIÓN INFANTIL
EN SITUACIÓN DE CALLE**

*Una experiencia de trabajo con niños y adolescentes
en contextos sociales de pobreza*

En: TEVELLA, A. M.; URCOLA, M.; DAROS, W. *Identidad colectiva: El caso Rosario desde las perspectivas Sociológica y Filosófica*. Rosario, UNR Editora, 2007, pp. 119-162.

PRESENTACIÓN

Mientras el equipo de investigación estudiaba la temática de la identidad desde la perspectiva filosófica y sociológica, se presentó la oportunidad de establecer relaciones con un proyecto de intervención social de la Municipalidad de Rosario en el área de la infancia.

El Lic. Marcos Urcola, participante de ambos emprendimientos, mostró la oportunidad de conectar el campo de la producción teórica con el abordaje específico de la problemática de los niños y adolescentes en situación de calle.

El presente escrito intenta compartir y reflexionar sobre una experiencia de trabajo interdisciplinario en la ciudad de Rosario con niños¹ y adolescentes atravesados por la problemática de situación de calle, *utilizando el concepto de identidad como una herramienta teórica que permitió hacer una relectura de las prácticas interventivas presentes y futuras.*

Dicha experiencia de trabajo remite a las labores profesionales desempeñadas en el marco del *Programa de Promoción Familiar*² que, articulando con otras instituciones públicas y privadas de la ciudad, desarrolla acciones tendientes al abordaje de la problemática de la *población infantil en situación de calle* bajo dos líneas programáticas fundamentales: *“el abordaje integral del grupo familiar y la construcción y fortalecimiento de redes sociales como estrategia para la inclusión familiar”*³.

En este contexto, se elaboró, entre muchas otras propuestas, un *“Taller sobre identidades”* para trabajar con un grupo importante de niños y adolescentes de los barrios *Toba* y *23 de Febrero*, con los cuales se venía realizando un acompañamiento familiar en torno a la problemática de situación de calle de alguno de sus integrantes, pero también sobre las problemáticas de salud, vivienda, alimentación, entre otras. En paralelo con la dimensión del abordaje familiar realizado por las distintas instituciones, el taller intentó consolidar un espacio lúdico y de aprendizaje que posibilitara recuperar la singularidad de estos niños y adolescentes a través de la fotografía como una herramienta que les permita hablar en perspectiva de sus intereses, su barrio, sus amigos, sus gustos, sus familia, sus historias.

En adelante se transmitirán las reflexiones teóricas anteriores y posteriores a la experiencia de trabajo para adentrarnos en el ejercicio siempre valioso de la sistematización de la práctica profesional. En este sentido, cabe aclarar y remarcar que el presente escrito es síntesis y reflexión de un experiencia, pero de ninguna manera la propuesta de un modelo interventivo.

Si bien esta experiencia de trabajo se inscribe en el marco de un programa del Estado Municipal y las reflexiones interventivas parten del mismo, éstas son producto de las propias inquietudes profesionales e intelectuales del equipo de trabajo.

De este modo, en la primera parte el Lic. Marcos Urcola desarrolla los supuestos teóricos en torno a la situación de calle infantil y al concepto de identidad como herramienta teórica que fue direccionando el trabajo del equipo, a veces explícita y otras implícitamente. En la segunda parte, el equipo presenta la experiencia del Taller: su desarrollo, sus objetivos, las observaciones, los dichos y entredichos de los niños y adolescentes en torno a las diferentes actividades y ejes de discusión y, por supuesto, la reflexión y evaluación acerca de dicha experiencia por parte del propio equipo de profesionales una vez finalizada la misma.

¹ Se toma el término niños en sentido genérico comprendiendo con el mismo tanto a varones como a mujeres.

² Dependiente del Área de la Niñez de la Secretaría de Promoción Social de la Municipalidad de Rosario.

³ Proyecto de Promoción Familiar. *Informe de avance*. Área de la Niñez – Secretaría de Promoción Social – Municipalidad de Rosario, 3 de diciembre de 2003.

EL CONCEPTO DE IDENTIDAD COMO HERRAMIENTA TEÓRICA PARA LA INTERVENCIÓN PROFESIONAL (Por Marcos Urcola*)

A partir de la década de los `80, los efectos de las políticas de ajuste y la crisis del Estado Social en América Latina, agudizan las condiciones de la infancia dando lugar al surgimiento de “nuevas” situaciones problemáticas como: el trabajo infantil, el tráfico y venta de niños, la prostitución, las adicciones, la delincuencia infantojuvenil, la infancia afectada por conflictos armados y la problemática de la situación de calle infantil como uno de los indicadores de mayor exclusión social en los grandes centros urbanos. La visibilidad de la “cuestión infantil” trae como contrapartida el desarrollo y creación de un amplio movimiento social alrededor de la promoción y defensa de sus derechos.

En este contexto, la situación de calle infantil se plantea como un fenómeno social complejo e histórico que involucra a un sinnúmero de actores que se debaten alrededor de la “cuestión infantil”: partidos políticos, ONGs, iglesias, profesionales (médicos, educadores, trabajadores sociales, abogados, psicólogos), burocracia estatal, juzgados de menores, institución policial, etc.

Una aproximación indagatoria a la problemática de la “*Población Infantil en Situación de Calle*” como universo teórico a delimitar, nos coloca ante el desafío de romper con un escenario cargado de imágenes y apreciaciones del sentido común sobre estos niños. Por ello es de vital importancia una adecuada revisión crítica de las construcciones teórico-conceptuales que definen e interpretan la niñez de nuestros tiempos desde el ámbito profesional e intelectual.

Para Irene Vasilachis de Gialdino (2003), las representaciones sociales y metáforas⁴ con las que se hace referencia comúnmente a aquellos *niños que trabajan y/o viven en la calle* tienden a negar aquel componente de la identidad que los identifica como niños semejantes a los demás, pero también aquel que los diferencia y los constituye como seres únicos.

Reducir la mirada indagatoria e interventiva a la observación puramente fenoménica de la situación de calle infantil como problemática, empobrece el análisis, al mismo tiempo que corre el riesgo de tomar como reales las representaciones sociales cargadas de prejuicios que asumen la problemática como niño objeto de piedad, niño peligroso o potencial adulto peligroso. Queremos eludir las interpretaciones sobre la niñez que refieren únicamente a su condición biológica e infieren, a partir de ella, cierta estabilidad acorde con conductas y actitudes tipificadas como normales o anormales para su edad o período vital⁵.

De este modo, en el proceso interventivo se retrabaja el tema de la constitución identitaria de estos niños/as y adolescentes que se apropian del espacio de la calle como uno de sus principales ámbitos de relacionamiento entre pares y con el mundo adulto, pensando la identidad no sólo como un concepto sino también como un derecho que tiene todo sujeto a constituirse en su singularidad, es decir, como un ser igual a los demás y como un ser único y diferente (Vasilachis de Gialdino, 2003: 198).

En su práctica cotidiana, las disciplinas que intervienen en el campo de lo social recurren a categorías y conceptos que le permiten interpretar y comprender la realidad para el diseño de sus estrategias de intervención.

* Lic. en Trabajo Social (UNR). Becario CONICET. urcola@hotmail.com.

⁴ “Chicos de la calle”, “niños trabajadores”, “pequeños delincuentes” o “pibes chorros”, “chicos del poxi”, etc.

⁵ G. Canguilhem nos dice al respecto que “*Una anomalía etimológicamente es una desigualdad, una diferencia de nivel. Lo anómalo es simplemente lo diferente (...) El término ‘normal’ no tiene ningún sentido propiamente absoluto o esencial (...) ni el viviente, ni el medio pueden ser dichos normales si se les considera separadamente, sino tan sólo en su relación*”. CANGUILHEM, G. *El conocimiento de la vida*. México, Siglo XXI, 1971, pp. 189 y 191.

La teoría sociológica es una de las herramientas que más elementos brinda para tal desempeño, cuando permite crear ciertos elementos de certidumbre en torno a las contradicciones y complejidades que presentan los acontecimientos de la vida social.

No es casual que hagamos referencia al *concepto de identidad* en el proceso de intervención social, puesto que en su desempeño diario el profesional debe recurrir constantemente a las dimensiones de análisis que le permitan comprender las particularidades con que se expresan las necesidades de los sujetos no sólo en su singularidad sino también como expresión de una situación problemática más amplia, inserta en el entramado de condiciones sociales de producción y reproducción de la vida cotidiana.

En adelante intentaremos desarrollar los supuestos teóricos que han guiado las acciones profesionales en el marco de la experiencia de trabajo en taller con los niños/as y adolescentes de los barrios Toba y 23 de Febrero de la ciudad de Rosario, tomando el concepto de identidad como una herramienta clave para la comprensión y el abordaje de la situación de calle infantil que dio origen a nuestras tareas interventivas.

Identidad e identidad social

Hoy en día, el concepto de identidad es un elemento teórico (tal vez de moda) ampliamente utilizado para el análisis de las situaciones problemáticas que, en contextos de pobreza, emergen como producto de una cotidianeidad acosada por la crisis nacional y mundial. Dicho concepto parece brindarnos la posibilidad de comprender el proceso de constitución histórico-subjetiva de la persona inserta singularmente en el entramado de relaciones sociales de producción y reproducción de la vida cotidiana. El concepto de identidad remite así al análisis de la producción subjetiva de una época.

A grandes rasgos, en sociología este concepto suele abordarse desde dos perspectivas: la social y la personal o del sujeto. La primera refiere a las características que los “otros” le atribuyen a cada persona y al intercambio relacional del sujeto con su contexto. La segunda hace alusión al aspecto singular en la constitución de la persona, incorporando elementos del psicoanálisis, de la antropología social y del interaccionismo simbólico (Giddens, 2001: 60).

Ambas perspectivas sólo se piensan separadas analíticamente, ya que el concepto de identidad pretende abarcar las dos dimensiones como partes constituyentes de un mismo proceso dialéctico donde los aspectos subjetivos-singulares se integran con los procesos socio-históricos.

Las identidades se construyen en una relación constante entre biografía personal y procesos socio-históricos, donde se entrecruzan la historia de vida personal, la historia del barrio o la comunidad, la historia familiar, las condiciones materiales de vida, las representaciones sociales que los demás (los “otros”) construyen sobre cada sujeto y su grupo de pertenencia y la memoria que de ellos se tiene.

Las identidades se construyen “en” y “durante” la acción comunicativa con los “otros”. Como producto de la interacción, la identidad se elabora en términos de negociación y diferenciación con los demás. Estas se construyen en el marco de las relaciones sociales donde cobran gran importancia las situaciones, procesos y vivencias como referentes a partir del cual los sujetos elaboran sus estrategias de vida y despliegan el conocimiento sobre ese mundo de relaciones sobre el que asientan sus vidas⁶.

Según A. Lazzari:

⁶“(…) La lógica informal de la vida cotidiana mantiene nexos con las estructuras históricamente conformadas. (...) Sea para aceptarlas, cuestionarlas o adecuarse a ellas, los sujetos no actúan en un limbo de inconciencia, sino que son ‘conocedores prácticos’ de la realidad que les toca vivir”. GRASSI, E. “Vivir la villa. ¿Dónde está la diferencia?” en: GRASSI, E. (Coord.) *Las cosas del poder. Acerca del Estado, la política y la vida cotidiana*. Buenos Aires, Espacio, 1996, p. 22.

“(...) El ‘principio de identidad’ nos dice que ésta existe siempre que algo ‘es y no-es’. Identidad es toda relación que puede afirmarse entre una cosa y ella misma y se simboliza lógicamente como ‘p entonces p’. Por extensión, esto da la idea de permanencia, inmutabilidad, constancia, etc.

Ahora bien, cuando este principio se define en términos sociológicos, la identidad adquiere otro sentido. La atención a lo que ‘es y no-es’ se desplaza a lo que ‘es, puede ser, parece ser, fue o será’⁷.

Así, la identidad implica la instauración de una paradoja. El acceso a la identidad es el acceso a lo paradójico, es decir, a lo que se es y no se es a la vez. La identidad es, entonces, definición de lo que se es y también de lo que se quiere y puede ser (expectativas y proyectos de vida) en referencia constante entre lo que no se es ni se quiere o puede ser.

Todo sujeto se constituye identitariamente en la comprensión de su pasado, su historia y su contexto en la búsqueda de sentido, como búsqueda de un futuro. En este sentido, comprendemos la calle, el barrio o las instituciones como espacios significativos donde los sujetos-niños y sus grupos familiares construyen sus identidades (pertenencia). La identidad está unida a una trayectoria de vida ligada a procesos sociales que la condicionan singularmente.

La perspectiva conceptual de la identidad nos permite trabajar sobre aquellos aspectos cualitativos que consolidan identidades y reafirman, a nivel de las representaciones sociales, el orden social establecido.

Al considerar la identidad en su temporalidad histórico-biográfica, la consideramos como parte de un proceso de constitución subjetiva nunca acabado. La identidad personal o comunitaria debe entenderse como un proceso dinámico y contradictorio de producción y reproducción subjetiva en el plano simbólico y de las representaciones sociales.

Es necesario aclarar que los conceptos de *identidad* y *socialización* no pueden ecualizarse; el elemento que los distingue es, precisamente, el de las *producciones* y *representaciones simbólicas* que todo proceso identitario conlleva implícita y explícitamente.

De este modo, la identidad es expresión de relaciones contradictorias que logran simbolizarse a través de mitos y ritos que permiten a los sujetos constituirse subjetivamente. Estas relaciones constitutivas de los sujetos se llevan adelante en la dinámica de un proceso selectivo y conflictivo entre las tramas singulares de sentido y las múltiples interpelaciones que la cultura y la historia en general y las instituciones en particular ofrecen para la identificación. Reafirmando esta idea A. Lazzari nos dice que:

“La constitución de la identidad se explica como la participación en esquemas simbólicos que llevan a los agentes a asumir pertenencias y oposiciones respecto a grupos e historias sociales específicas”⁸.

Las identidades se recrean constantemente en contextos sociales específicos de producción material y simbólica y se consolidan en un juego dialéctico con las identidades colectivas que vinculan a los sujetos entre sí más allá de su individualidad a través de múltiples interpelaciones sociales que demarcan roles, hábitos y costumbres, atribuciones y autoatribuciones, instituciones, territorios, espacios y lugares, aliados y opo-

⁷ LAZZARI, A. “Panoramas de la antropología política del clientelismo” en: *Cuadernos de Antropología Social* N° 7, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 1993, p. 19.

⁸ LAZZARI, A. Op. cit., p. 20.

mentes, discursos y lenguajes, prácticas políticas (ver dimensiones del cuadro: “Identidad Institucional Participativa”, en Tavella, A. M.).

Identidad e infancia

Para centrar nuestro análisis en las identidades infantiles debemos poder pensar el carácter construido de la infancia y comprenderla como parte de procesos más amplios que la condicionan singularmente. No hay una infancia, sino múltiples formas de vivirla condicionadas por las construcciones “idealizadas” de la niñez deseada (el niño-normal) y no-deseada (el niño-anormal), junto a los hábitos y costumbres con que las personas transitan significativamente sus espacios. ¿Cuáles son los modelos identificatorios de las infancias hoy?

Un elemento importante que debemos añadir al análisis para complejizar la distinción entre infancia normalizada e infancia desviada, es la crisis de la infancia como institución moderna. En este marco, cabe preguntarnos si en realidad sigue existiendo la infancia como construcción social.

Si consideramos que la infancia es básicamente un fenómeno moderno producto de dos instituciones como la escuela y la familia⁹ y estas, se encuentran en crisis junto con la idea misma de modernidad, ¿podemos seguir hablando de la infancia como institución?

La realidad crítica que atraviesa la infancia hoy se plantea como producto de una cotidianidad acosada por la crisis que invade todos los aspectos de la vida pública y privada de las personas. Los cambios que imponen los nuevos tiempos impregnan todos los órdenes de la vida social y tienen un gran impacto en la subjetividad.

La hipótesis de la *destitución de la infancia* (v. Correa; Lewkowicz, 1999) se vincula con los cambios tecnológicos e informáticos, las transformaciones en el mundo del trabajo y la expansión de los medios masivos de comunicación que inciden fundamentalmente en la relación constitutiva de la infancia con el mundo adulto (los padres y los docentes).

El niño construye su identidad social mediado por la realidad preconstruida del mundo adulto. La subjetividad infantil no puede ser entendida al margen de la producción subjetiva del resto de las personas que integran una sociedad.

La velocidad del cambio de las tecnologías, las condiciones de precariedad laboral, el desempleo, etc., son factores que han quebrado y puesto en crisis la vida de las relaciones en general y la idea de progreso. El niño ya no encuentra las seguridades y certezas que encontraba antes a partir de su relación constitutiva con el mundo adulto en el seno familiar y en la escuela.

Tanto niños como adultos son víctimas de la crisis; así como hay niños en situación de calle, hay jóvenes, adultos y ancianos en la calle. No hay crisis por un lado y seguridades por otro, sino personas que se construyen en relación. Los niños están tan preocupados como los adultos de “quedarse afuera”, es decir, no tener una inserción futura en el mercado laboral.

Las experiencias de autonomía temprana como el trabajo infantil, la situación de calle o el delito infantil, develan una “adultización” en los roles de los niños que, en los sectores más empobrecidos de la sociedad, marcan notorios cambios en la vida material y simbólica de las infancias actuales.

⁹ La conocida obra del historiador francés Philippe Ariès, titulada: *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*, Madrid, Taurus, 1987, describe el surgimiento de la infancia como producto de un tiempo histórico, cultural y social construido por los adultos. Dicho estudio se sitúa en el pasaje de la Edad Media, donde el niño no era tenido en cuenta como tal y se confundía entre los adultos, a la Edad Moderna, donde el niño ocupa el centro de la escena captado básicamente por la institución familiar y escolar. En este sentido, traza un paralelo importante entre la historia de la infancia y la historia de la escuela.

La ruptura y el desdibujamiento de los mandatos generacionales (niños-jóvenes-adultos)¹⁰ desarticulan las antiguas pautas que regían las relaciones sociales de la era moderna. La crisis actual, marcada por las reformas y reestructuraciones económicas, no afecta únicamente al ámbito laboral sino también al conjunto de la vida cultural y social. Esto se refleja claramente en la fragilidad de proyectos y/o expectativas. El descreimiento en el futuro, la imagen deteriorada de progreso y la sensación de vivir en un continuo clima de incertidumbre, provocan una peligrosa fractura entre sujeto y realidad.

Ni la escuela ni la familia pueden hoy en día cumplir por sí solas el rol integrador que cumplían anteriormente, pero no por ello podemos afirmar que se acabó la infancia.

Aunque las instituciones cedan, quedan los sujetos, quedan las personas, quedan los niños y sus circunstancias. Sea en un contexto de mayor o menor crisis, la realidad social sigue produciendo subjetividad y el objeto de nuestros análisis y nuestras intervenciones es la niñez como construcción y producto de ese contexto: la niñez como discurso, como representación, como supuesto, como producción afectiva y como práctica social.

La materialidad económica, cultural y social con que se desarrollan esas relaciones es nuestro interés. La tarea es comprender la emergencia de las diferentes infancias como producto de esas relaciones sociales, que consolidan la presencia física y simbólica de los niños en los circuitos urbanos de la vía pública realizando diversas actividades que tienen que ver con su sobrevivencia, y repensar, a su vez, los criterios y nociones de “verdad” que circulan en torno a los mismos, produciendo realidad e identidades sociales.

Identidad, pobreza y situación de calle

Hablamos de “Población infantil en situación de calle” porque queremos reflexionar y actuar sobre las particularidades de la niñez como resultado de una singularidad, de un acontecer situacional, es decir, de “un niño” cuya formación biopsicológica transita por un sistema total de relaciones sociales que lo constituyen subjetivamente y lo condicionan psico-socialmente en el desarrollo de su existencia material, cultural y simbólica.

Plantear una problemática en términos de “situación” invita a pensar la singularidad de los sujetos en relación con sus condiciones materiales de existencia y, a su vez, la introyección e interpretación de esas relaciones objetivas que los constituyen como sujetos dando sentido a su acción y consolidando su identidad individual y colectiva. Para M. Gluckman:

“Cuando un acontecimiento es estudiado como parte del campo de la sociología es por tanto conveniente hablar de él como de una situación social (...), de tal forma que el análisis revele el sistema subyacente de relaciones entre la estructura social de la comunidad, las partes de la estructura social, el ambiente físico y la vida fisiológica de sus miembros”¹¹.

Desde una perspectiva interventiva, nuestro objeto es “el niño en situación”. Sacar al niño de la calle no representa la solución de un problema, la calle no es un pro-

¹⁰ En la actualidad, la juventud deja de ser una instancia de pasaje entre una etapa de la vida, infantil o adolescente, a otra, adulta, para convertirse en una categoría atemporal que nos conduce a la idea de la “eterna juventud”. Ser joven se ha convertido en un fin en sí mismo para todo el conjunto social, más allá de la edad biológica como modelo sociocultural que se traslada a todos los ámbitos de la vida pública y privada (Tavella; Urcola; Daros, 2004: 137).

¹¹ GLUCKMAN, M. “Análisis de una situación social en Zululandia moderna” en: *Bricolage* N° 1, Universidad Autónoma de México, enero/marzo 2003.

blema en sí, sino las diversas realidades vividas por el niño que transita el espacio público desplegando un sinnúmero de recursos materiales y simbólicos como estrategia de sobrevivencia individual, familiar y comunitaria. La incorporación del estado “situacional” en la definición de la problemática, nos libera de una perspectiva estática de la realidad para comprenderla en su estado contingente y coyuntural.

La situación de calle debe entenderse como expresión de complejos relacionales que identifican singular y colectivamente a los sujetos. Teniendo en cuenta que todo sujeto vive en el marco de relaciones sociales, el análisis o la intervención sobre una situación problemática específica debe indagar sobre las condiciones de desigualdad y diferencia que operan en todo campo relacional.

Entonces, un niño en situación de calle es expresión de un complejo-relacional que incluye la participación de múltiples actores que lo constituyen en relación: su grupo familiar, su comunidad de origen, su escuela, sus pares-niños, grupos religiosos, instituciones del poder judicial, de seguridad (policía, guardia urbana municipal), etc. No hay que centrar la mirada en un solo actor (el niño), sino en las relaciones que se establecen entre los diferentes actores en interacción en el marco de procesos político-económicos que inciden en la existencia de contextos de abundancia y de escasez.

Dado que la vida en relación es expresión de conflictos familiares, generacionales, institucionales, étnicos, de clase, etc., no debemos reducir la mirada a la presencia física del niño en la calle y, mucho menos, atribuírselo como una condición natural o esencial de su persona (“chicos de la calle”), sino como una estrategia que se inscribe dentro de un complejo relacional en el que las problemáticas que afectan central y singularmente al niño son diversas (desnutrición, adicciones, desempleo del sostén del hogar, violencia familiar, etc.). Es en este contexto que debemos inscribir nuestro análisis para la elaboración de propuestas interventivas que permitan modificar la realidad del niño y su grupo familiar.

Definimos, entonces, la *situación de calle infantil* como las circunstancias histórico-sociales por las cuales un niño, atravesado por condiciones estructurales de pobreza¹², pernocta y/o transcurre gran cantidad de horas diarias en la vía pública realizando diversas actividades (lúdicas, laborales, etc.) como parte importante de su proceso de socialización, en tanto relación con el mundo adulto, entre pares y con la sociedad en general a través de sus instituciones, dando lugar a trayectorias identitarias múltiples.

Con este marco teórico, las preguntas que nos hacemos son ¿cómo definen su identidad y la de su comunidad aquellas personas que se encuentran en contextos y situaciones sociales de extrema pobreza?, ¿cómo consolidan sus identidades estos niños y adolescentes que realizan un tránsito fluctuante entre el circuito de calle y su barrio?

“Ninguna identidad -de género, sociolaboral, étnica u otra- es definitiva o estática; lo permanente en el sujeto popular es la opresión y la explotación en el marco de la pobreza, mientras que los ángulos desde los que se enfocan la opresión y la explotación, y sus dimensiones constitutivas, son contingentes”¹³.

Cuando hablamos de un niño en situación de calle como situación-problemática, no aludimos a cualquier niño que transita la vía pública. La situación de calle infantil

¹² Entendemos la pobreza en su complejidad relacional, evitando caer en reduccionismos económicos y en culpas individuales. “La pobreza es un complejo socio-psico-histórico-económico-político-tecnológico-ambiental, cuyo poder devastador es padecido crudamente por los sectores socioeconómicamente más vulnerados, pero, involucra y afecta de modos diversos al conjunto social”. BARBÉ, A.; TRANIER, M. *Invenición de Estrategias Aplicadas a la Salud (Proyecto IDEAS)*. Rosario, UNR, 2004, p. 37. “Las personas pobres son aquellas que se ven sometidas a un entramado de relaciones de privación de múltiples bienes materiales, simbólicos, espirituales y de trascendencia, imprescindibles para el desarrollo autónomo de su identidad esencial y existencia”. VASILACHIS DE GIALDINO, I. *Pobres, pobreza, identidad y representaciones sociales*. Barcelona, Gedisa, 2003, p. 91.

¹³ VILAS, C. M. “Actores, sujetos, movimientos: ¿dónde quedaron las clases?” en: *VVAA: Antropología Social y Política. Hegemonía y poder: el mundo en movimiento*. Buenos Aires, Eudeba, 1998, p. 321.

refiere a una realidad ligada con procesos de exclusión y marginación en el acceso a los mencionados bienes necesarios para el desarrollo íntegro y autónomo de la persona¹⁴.

Asimismo, los discursos van modelando (negativamente) la imagen que estos niños y adolescentes tienen de sí mismos (autoimagen). Las *representaciones sociales*¹⁵ colaboran en la institucionalización de las prácticas en las que luego las personas encuentran anclaje para construirse subjetivamente. Estos discursos preexistentes, que muchas veces se sostiene desde las instituciones y los medios de comunicación, no hacen más que homogenizar las problemáticas sociales y negar aquel componente de la identidad que le permite a cada persona reconocerse en su singularidad¹⁶.

Las categorías y atributos que definen y asignan un lugar a los niños en situación de calle confeccionan, al mismo tiempo, las identidades sociales luego asumidas por ellos. Estos lugares asignados, acompañados por los preconceptos de la lástima, el miedo y el desprecio, los condena a la marginalidad o a la construcción de alternativas relacionales pobres. Las prácticas y los discursos producen simultáneamente realidad y subjetividad.

*“Los que transitan por las estaciones y se acercan a ellos, lo hacen guiados por una serie de preconceptos acerca de los chicos, que no sólo se relacionan con esa identidad social sino que la producen. Los pasajeros esperan violencia de ellos; pues bien, ellos les entregan violencia. El público los ubica en la marginalidad: ‘no te acerques que te pueden robar’, pues bien, ellos asumen en acto ese lugar en el cual se los coloca”*¹⁷.

Si centráramos nuestro análisis y nuestras acciones interventivas en un niño cuyo único atributo fuese “la calle”, estaríamos negando su condición de niño-sujeto y, lejos de consolidar nuestro objeto de estudio, aportaríamos a reforzar y asentar el estereotipo que lo perpetúa en determinado sistema relacional. Recordemos que la problemática de la población infantil en situación de calle, no se centra en la presencia física en la vía pública, sino en el complejo relacional que la constituye como práctica social y, sintomáticamente, como problemática social¹⁸.

A grandes rasgos, podemos distinguir y diferenciar tres situaciones relacionales¹⁹ que sostienen el vínculo del niño con el circuito de calle:

- 1- El niño como parte de una estrategia laboral-familiar consolidada (realizando actividades con lugar, días y horarios bien delimitados; con pares y/o con adultos).
- 2- El niño que pernocta en la vía pública (sin relación con el grupo familiar de origen).

¹⁴ “La exclusión no es una ausencia de relaciones sociales sino un conjunto de relaciones sociales particulares con la sociedad como un todo. No hay nadie que esté fuera de la sociedad sino un conjunto de posiciones cuyas relaciones con su centro son más o menos laxas...”. CASTEL, R. *La metamorfosis de la cuestión social*. Buenos Aires, Paidós, 1997, p. 447.

¹⁵ “Construcciones simbólicas individuales y/o colectivas a las que los sujetos apelan o que los sujetos crean para interpretar el mundo, para reflexionar sobre su propia situación y la de los demás, y para determinar el alcance y la posibilidad de su acción histórica” VASILACHIS DE GIALDINO, I. Op. cit., pp. 102 y 268.

¹⁶ “En las complejas sociedades modernas, los grupos culturales no cuentan con identidades culturales estables y esenciales que se transmiten sin problemas de generación en generación. Sólo hay ‘momentos discursivos’ o ‘batallas discursivas’ entre grupos con identidades étnicas, de género o de clase en la producción, que nunca acaba, de imágenes culturales cambiantes (...) La lucha en torno a las representaciones culturales se desarrolla en textos orales, escritos y cinemáticos en el ámbito general de la cultura popular y, particularmente, en las instituciones escolares y los medios de comunicación masiva”. FOLEY, D. “El indígena silencioso como producción cultural” en: LEVINSON, B.; FOLEY, D. y HOLLAND, D. *The cultural production of the educated person. Critical ethnographies of schooling and local practice*. State University of New York, 1996, p. 10. Traducción: Alejandra Cardini.

¹⁷ GRIMA, J. M.; LE FUR, A. *¿Chicos de la calle o trabajo chico?*. Buenos Aires, Lumen-Hvmanitas, 1999, p. 71.

¹⁸ *Problema social* en tanto expresión de un malestar que se construye a partir de su percepción colectiva, como una condición que afecta inconvenientemente a un número considerable de personas y cuya resolución debe ser pública por más privado que sea en su origen. El “problema social” es la expresión enunciativa, que circula a nivel de las representaciones sociales, como parte de un complejo relacional más amplio que es la “situación problemática”.

¹⁹ URCOLA, M. Plan de Investigación sobre *Población infantil en situación de calle* en el marco de la tesis doctoral en Humanidades y Artes con mención en Antropología, 2004.

- 3- El niño que realiza un tránsito fluctuante entre el circuito de calle y su barrio de origen, combinando diversas actividades (el vínculo familiar es frágil pero todavía no se ha quebrado)²⁰.

Cuando nos referimos al “circuito de calle”, hacemos referencia al espacio escogido por el niño para el despliegue constante o frecuente de sus estrategias de supervivencia que combinan siempre la actividad lúdica con la económica (mendigar, limpiar vidrios de autos, abrir puertas de taxi, venta ambulante, etc.) con tiempos, lugares y eventos compartidos (pertenencia). En la ciudad de Rosario estas actividades suelen concentrarse en las grandes avenidas de las diferentes zonas de la ciudad o en la zona céntrica, donde se concentra la mayor actividad económica, comercial y financiera.

De este modo, no pensamos en la calle y sus circuitos como espacio físico, sino como espacio de relaciones donde los niños construyen significados y otorgan sentido al mundo que los rodea en interacción con una multiplicidad de “otros” (transeúntes, automovilistas, taxistas, empleados y dueños de comercios, vendedores ambulantes, policía, etc.). Cada sujeto resignifica el espacio desde su lugar, desde su universo simbólico, elaborando sentidos propios del mismo modo que se asumen y atribuyen otros en interacción con los demás.

Particularmente, los circuitos de calle recorridos por los niños con los que se trabajó en la experiencia de taller son los del centro comercial. En determinadas épocas suelen ausentarse de sus hogares por varios días, pero siempre retornan a los mismos. En su tránsito por “el centro” realizan diversas actividades lúdicas, de mendicidad, etc., pero las que despiertan signos de alarma son el consumo de pegamento y la participación en episodios delictivos que en muchas oportunidades concluye con la detención de los mismos por parte de personal policial.

Así, los ejes problemáticos a trabajar con estos chicos son los dos últimos aspectos, junto con el vínculo con sus familias y las instituciones del barrio y no la mera presencia en la vía pública.

Identidad y estigma

El concepto de identidad revela su costado más nocivo cuando lo situamos dentro de la perspectiva de la estigmatización y el etiquetamiento social de los sujetos (expectativas externas diferenciadoras-negativas). Dicha perspectiva intenta señalar los procesos sociales a través de los cuales la sociedad atribuye a determinados sujetos todos los aspectos y conductas que se consideran, a nivel de las representaciones sociales, como negativos (delincuencia, pobreza, situación de calle, adicciones, etc.). La adscripción de un sujeto dentro de un *status* (o estilo de vida) cuya carga de sentido se inscribe en los parámetros sociales de una “realidad-no-deseada”, tiende a degradarlo, a limitar sus posibilidades en el acceso a los recursos materiales, culturales y simbólicos que necesita para el desarrollo íntegro de su persona y de su vida.

Si los sujetos construyen sus identidades en la interacción con los demás y con la sociedad en general, debemos reflexionar sobre los efectos de las prácticas interventivas de la “acción social” que tienden a la clasificación de los sujetos de acuerdo a sus “situaciones problemáticas” (sobre todo en contextos sociales de pobreza) aportando a la consolidación de identidades que absorben el resto de las cualidades que las personas poseen o pueden llegar a poseer.

En efecto, dentro de la esfera estatal, encontramos que junto con la intencionali-

²⁰ Los niños y adolescentes con los que se ha trabajado en la experiencia de taller se encuentran comprendidos mayoritariamente en el estado situacional número 3 y algunos en el 1.

dad política redistributiva o compensatoria de las desigualdades, las políticas sociales despliegan toda una maquinaria de clasificación, archivo e individualización que determinan a los sujetos que son objeto de su intervención²¹.

En el campo de las políticas para la infancia cada institución crea su objeto (su “punto de vista”) de la intervención, respaldado por una serie de nociones y sistemas de relaciones conceptuales que definen la niñez, creando, en este mismo proceso, los métodos para su abordaje junto con los criterios de la infancia deseada en términos de normalidad-anormalidad o de niñez-deseada versus niñez-desviada²².

En los ámbitos específicos de las políticas que apuntan a los sectores más vulnerados, los agentes promotores del “bienestar social” consolidan junto con sus estrategias de intervención, un saber técnico que les permite interpretar y manipular la realidad social sobre la que se actúa. Para ello se construyen las diferentes categorías que permiten encasillar e identificar a los sujetos de la intervención en términos de “carenciados”, “indigentes”, “beneficiarios”, “clientes”, “pacientes”, “asistidos”, etc.

Las “personas pobres” no sólo tienen que soportar las circunstancias de privación en el acceso a diferentes bienes materiales y simbólicos, sino que también deben demostrar ante el organismo correspondiente su carácter esencial de “pobre”, es decir, ser un pobre fehacientemente acreditado y merecedor de la condición de asistido. Los sujetos deben incorporar a su condición de persona la categoría que los haga merecedores de la acción estatal: persona-pobre, persona-discapacitada, niño-desnutrido o en estado de abandono, etc. (el adjetivo que califica al sujeto se torna en el sujeto mismo).

Estos mecanismos, técnicas de etiquetación y de codificación social, funcionan como formas de tipificar, estereotipar y estigmatizar a los sujetos atribuyendo la pobreza a causas más individuales que estructurales y como condición “natural” de su existencia. Son esas construcciones simbólicas las que permiten consolidar prácticas negadoras de identidad que sustentan la desigualdad y discriminación social. Las representaciones sociales a las que apelan las personas para la interpretación del mundo que los rodea no sólo afectan y condicionan las relaciones interpersonales de la vida cotidiana, sino también el diseño, aplicación y evaluación de las políticas sociales.

Dentro del campo de las políticas para la infancia la categoría de “menor” ingresa como una construcción que atraviesa el recorrido de las infancias de los sectores populares en su relación con las instituciones judiciales. Quien lleva el rótulo de “menor”, lleva consigo la atribución de conductas, rasgos y actitudes como condiciones inherentes a su naturaleza humana dejando de lado su origen socialmente construido.

Es así que el par niño-pobre vincula a éste, a nivel de las representaciones sociales, con el desarrollo de una vida signada por prácticas delictivas (delincuencia-infantil), situación de abandono (niño-huérfano o sin el debido cuidado de los padres: niño-vulnerable), situación de calle (chicos-de-la-calle), situación de explotación laboral (trabajo-infantil), situación de deserción escolar (niño-analfabeto), situación de violencia familiar (maltrato-infantil), sujeto consumidor de sustancias adictivas (niño-toxicómano), etc.

Si bien los sujetos oponen resistencia a los rótulos con los que se intenta mencionarlos y etiquetarlos, también pueden encontrar determinadas ventajas coyunturales al asumir el rótulo como identidad. Por ejemplo, al ser clasificado con alguna deficiencia nutricional, un niño y su grupo familiar puede acceder, como parte de su estrategia

²¹ Entendemos por “políticas sociales” las formas de accionar públicas o privadas, individuales o colectivas, tendientes a la resolución de problemas sociales. Comprendemos estas formas de acción social como formas de administración del poder emergente de la sociedad que tienen como objetivo la población y también como una técnica y un saber hacer en el mundo, como una forma de modificar y transformar o de mantener y conservar el orden de las relaciones sociales entre los hombres de la era moderna.

²² Las instituciones proponen el tipo de sujeto-niño que las van a habitar sostenidas en determinados supuestos teóricos y axiológicos que, por ejemplo, en el ámbito escolar definen al niño-alumno (normal-deseado) y, al mismo tiempo, el perfil del niño-alumno-indisciplinado con problemas de aprendizaje (anormal-desviado-no deseado).

de sobrevivencia, a un plan de ayuda alimentaria. En otro registro, la realización de determinadas prácticas delictivas puede otorgar reconocimiento y aceptación en algunos grupos (no necesariamente en contextos de pobreza).

En la actualidad, la crisis del mercado laboral, la fuerte crisis institucional que determina la existencia de familias desgarradas, escuelas desbordadas en sus capacidades de infraestructura por la crisis presupuestaria y de contenidos, etc., permite que muchos niños y jóvenes encuentren en las prácticas delictivas, al igual que las adictivas, la oportunidad de construirse identitariamente, de socializarse, de “ser alguien” (reconocido), aunque sea negativamente. Las prácticas delictivas, adictivas o la situación de calle se develan como figuras socialmente instituidas que permiten un “reconocimiento” social (identidad negativa). Los niños y adolescentes transitan los centros urbanos en una tensión que percibe a las ciudades como lugares de libertad y, al mismo tiempo, de anonimato.

Sin duda las corrientes teóricas del etiquetamiento nos muestran el costado más alienante de la identidad, en la relación entre los sujetos y las instituciones llamadas de “control social”.

Al pensar la identidad en contextos de pobreza y de exclusión social, no podemos dejar de tener en cuenta esta perspectiva que atraviesa la producción subjetiva de los sectores populares y su relación con las instituciones que focalizan su intervención sobre la pobreza bajo una lógica asistencial (asistencialista) y de control social (represiva). En esta perspectiva interventiva, por ejemplo, el aumento de la pobreza da lugar a la judicialización de la acción social sobre la infancia convirtiendo los juzgados de menores en el principal punto de entrada a la red asistencial bajo la lógica del niño abandonado o en situación irregular. Entendemos que estos procesos dan identidad institucional a la pobreza en el plano administrativo y de las políticas sociales favoreciendo su reproducción.

Por fuera de esta lógica es que queremos consolidar nuestro trabajo con los niños y adolescentes y por ello mismo debemos tenerla en cuenta sin olvidar el costado de control social que recae sobre nuestros roles profesionales. La capacidad reflexiva del trabajo interdisciplinario debe fundarse en el deber ético-político de comprender el alcance de nuestras acciones (a quién se beneficia y a quién se perjudica), sus limitaciones, asumir nuestras responsabilidades y funciones y, desde allí, pensar alternativas para una estrategia singularizada de trabajo con los niños y adolescentes en contextos de pobreza.

Identidad narrativa

Sin dejar de tener en cuenta la perspectiva del etiquetamiento, nuestras acciones y reflexiones como equipo interdisciplinario se han centrado en la perspectiva de las identidades narrativas.

La narrativa nos permite pensar las identidades como un todo unificado en tramas argumentales que cuentan los eventos de nuestras vidas.

En esta perspectiva, los sujetos consolidan sus identidades pensándose como protagonistas de diferentes historias y dando sentido a sus vidas de acuerdo al lugar que ellos entienden ocupar en el contexto de su vida cotidiana (Vila en Di Tella, 2001:350).

Al intentar contar quiénes son y sus historias, los sujetos construyen la identidad que creen poseer y, en el mismo proceso, intentan modificar la realidad para que se ajuste a la identidad deseada (relacionalidad). La identidad narrativa denota todo un proceso selectivo de apropiación de los acontecimientos que lo interpelan en el contacto diario con otras personas e instituciones.

Esta perspectiva nos permite pensar la identidad en todas sus dimensiones y correr el eje de nuestras intervenciones de la situación problemática inicial (situación de calle) para dar lugar a los niños desde las identidades que construyen como relato y fundamento de sus vidas.

“Responder a la pregunta de quiénes somos invita a contar una historia. Contarnos a otros es construir un relato del que somos protagonistas, autores y narradores. Esta construcción es una interpretación narrativa de nosotros mismos, una autocomprensión. Del mismo modo, comprender a otra persona supone comprender las historias que ella nos cuenta o que sobre ella escuchamos”²³.

Esas tramas argumentales que narran los eventos de su vida cotidiana permiten aflorar aquellos aspectos de las identidades de los sujetos que no se estaban teniendo en cuenta o que se encontraban ocultos tras el rótulo de una definición problemática en el marco de un proceso interventivo (“chico de la calle”, “pobre”, “desnutrido”, etc.).

La narración constituye simultáneamente la dimensión exterior de la acción y la dimensión interior del pensamiento y las intenciones de los sujetos, transformándose en un medio eficaz para “dar lugar”²⁴ al recuerdo, a la fantasía, al debate y a la acción protagónica de los mismos.

Las narrativas posibilitan poner en palabras los fundamentos de las identidades personales y sociales, es decir, lo que los sujetos piensan de sí mismos y del medio que los rodea, del tránsito por las instituciones y los diferentes “lugares” de la ciudad, sus relaciones con otros sujetos, sus intereses y expectativas de vida.

Enmarcar nuestra intervención social dentro de la perspectiva de las narraciones implica una apuesta hacia la construcción de espacios de protección que convierta a las personas (niños, adultos y ancianos) en sujetos portadores de la palabra.

Quienes elaboramos el proyecto de trabajo sobre identidad creíamos necesario e imprescindible elaborar un espacio en el que estos niños y adolescentes puedan rescatar su voz como voz de su contexto y empezar a pensarse o repensarse a sí mismos en un nuevo diálogo con las instituciones por las que transitan. Creíamos también que como profesionales teníamos el deber ético de repensar junto con ellos la institucionalidad de nuestras prácticas (de nuestro actuar y nuestra discursividad), con las que pretendíamos abordar las problemáticas sociales que los comprendían.

El desafío era entender a estos niños y adolescentes sometidos a contextos de extrema pobreza, como sujetos activos de la interacción comunicativa en la que construyen su identidad personal y social.

Así, nuestras intervenciones se inscribieron, entonces, en la necesidad de hacer visibles sus necesidades a partir de la percepción que ellos tienen de su entorno y su realidad en la construcción de un diálogo diferente con los profesionales. Creíamos y creemos que sólo en el relato y a través del diálogo, nace la posibilidad de salir del anonimato; sólo en la recuperación de un relato histórico (pasado) es que pueden empezar a pensarse como niños y adolescentes de hoy (presente) y del mañana (futuro).

En este sentido, consideramos al taller como una herramienta adecuada posibilitadora de procesos de enseñanza-aprendizaje²⁵ que, por un lado, fue direccionado como

²³ CLASE 13: “Narrativa y educación: relatos des/encontrados en la escuela” en: Diplomatura Superior de Postgrado: *Currículum y prácticas escolares en contexto*. FLACSO, 2002.

²⁴ En la conferencia sobre “*El amor y la traición entre adictos*” (Jornadas “Herramientas de Prevención en Atención Primaria de la Municipalidad de Rosario- 16 de octubre de 2004), el psicoanalista Alejandro Ariel dice que *prevenir es hacer lugar* a quien no tiene lugar en la escena. Acordamos con el mismo puesto que el fundamento mismo de la intervención social es el de “hacer lugar a quien no tiene lugar en la escena” a través de una escucha y un diálogo que le devuelva al otro la posibilidad de constituirse como un sujeto con derecho a soñar y proyectar su vida autónomamente. En este sentido, el desafío diario de nuestras acciones profesionales es el de desarrollar prácticas habilitantes.

²⁵ El taller se establece como un espacio de encuentro, una relación directa “cara a cara”, donde no existen intermediarios y el diálogo

un espacio socioeducativo, pero por otro, como forma de construir un vínculo diferente entre los niños , los adolescentes y los profesionales que habilite el diálogo entre las diferentes narrativas particulares y compartidas.

“Sólo leyendo (o escuchando) se hace uno consciente de sí mismo. Sólo escribiendo (o hablando) se puede fabricar un yo. Pero en ese proceso lo que se aprenderá es que leer y escribir (escuchar y hablar) es ponerse en movimiento, es salir siempre más allá de sí mismo, es mantener siempre la interrogación por lo que uno es”²⁶.

Identidad e imagen fotográfica

Finalmente, es importante referirnos a la *imagen fotográfica* como un recurso que nos ha sido de gran utilidad para el desarrollo del “Taller sobre Identidades”. Más allá de las diferentes circunstancias coyunturales que nos hicieron pensar en la fotografía como un instrumento vital para desarrollar el taller (y que describiremos en la segunda parte de este escrito), cabe hacer una breve referencia a la relación existente entre identidad e imagen fotográfica.

En la era Moderna, la cultura de la imagen se ha constituido en un elemento central que permea todo el universo de representaciones y significaciones con que las personas se reconocen a sí mismas y a los demás.

En nuestros tiempos, la imagen forma parte de la memoria pública y privada de las personas; funciona como un espejo que permite reconocernos, ya sea para representar el yo o para documentar a los “otros”. No pensamos, como lo hacían los empiristas, que el retrato fotográfico sea una representación neutra y verídica de la realidad, sino todo lo contrario, el momento (cargado de sentido) donde una persona ve y representa a otra.

“La foto es la inscripción, la imagen es el referente de algo singular. Es el trazo que permite anudar el reconocimiento, es la muestra de la existencia actual de la memoria, el artefacto que despliega los mecanismos internos y sociales para no cerrar en el olvido (...)”²⁷.

Por ello, como dijimos al comienzo, si el componente destacado de la identidad son las representaciones simbólicas que constituyen subjetivamente a las personas, entonces, debemos decir que encontramos en las producciones fotográficas un instrumento adecuado para trabajar el mismo. La capacidad de congelar el espacio-tiempo y de captar un momento de la vida cotidiana se torna en un punto de partida para abrir el diálogo y la reflexión sobre las diferentes historias y narraciones que constituyen nuestras identidades personales y sociales.

Pensamos en la fotografía como una herramienta que permite contar historias (propias y ajenas), construir la memoria -y de ella, la permanencia y la identidad- y desarrollar las fantasías y los sueños. El “Taller sobre identidades” se transformó así, en palabras propias y de los niños, en el “Taller de Fotografía”. A partir del juego creativo con la imagen el taller se convirtió en un espacio único y singular cuyo objeto fue dejar “huellas” que permitan reinterpretar identidades y ponerlas en discusión.

go se convierte en una herramienta de conocimiento. En el taller nadie puede desempeñar un rol pasivo puesto que el mismo pretende reforzar las conductas participativas, protagónicas, solidarias y en especial la comunicación.

²⁶ LARROSA, J. *La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación*. Barcelona, Laertes, 1996, p. 481. En: CLASE 13, “Narrativa y educación: relatos des/encontrados en la escuela”. Op. cit.

²⁷ LOBETO, C. “La ciudad: escenario-espacio de las luchas sociales” en: *1º Congreso Latinoamericano de Antropología*. Rosario, Escuela de Antropología, Facultad de Humanidades y Artes, UNR, Julio 2005.

“Los retratos hablan de las características individuales de las personas. Pero, aún en aquellos que son sólo un rostro que desconocemos, podemos encontrar cosas en común que reconocernos. Algunos rasgos étnicos, emotivos o sociales hacen que los componentes de una misma comunidad encuentren rápidamente semejanzas y diferencias”²⁸.

En la segunda parte de este escrito, quienes escribimos intentamos contar y transmitir la experiencia de trabajo para, finalmente, poner en palabras las diversas reflexiones, dudas y desafíos que tan rica experiencia nos ha dejado.

²⁸ Texto extraído de la exposición itinerante: “El retrato: marco de identidad”. Colección del Museo Nacional de Bellas Artes, Museo Castagnino de Rosario, abril de 2006.

TALLER SOBRE IDENTIDADES

(Por Gabriela Gastaldi – Miriam Kreiman – Graciela Mangas - Florencia Trabattoni – Marcos Urcola – Carina Urmeneta**)

Introducción

Para introducir el relato de la actividad del *Taller sobre Identidades* nos interesa situar algunos antecedentes que nos permitieron moldear y concretar esta actividad.

Durante la segunda mitad del año 2003 y parte del 2004 (mientras el equipo de investigación de CONICET reflexionaba sobre la realidad de la identidad social), los arriba mencionados realizamos un *Taller de Panificación* con niños y adolescentes de los barrios Toba y 23 de Febrero, quienes en su mayoría estaban atravesados por la problemática del consumo de pegamento permaneciendo muchas horas, incluso días, fuera de sus hogares y algunos de ellos realizando actividades generadoras de ingresos como parte de estrategias familiares de sobrevivencia. En este espacio se generaron vínculos con ellos y entre ellos, los cuales dieron lugar a la construcción del Taller (y otras actividades), desarrollado en una de las Instituciones del barrio.

La elaboración del pan era el eje visible de la actividad que los convocaba, mientras que para el equipo de profesionales el objetivo principal era trabajar y generar un espacio donde circulara la palabra para abordar las dificultades y motivaciones que los llevaban a aspirar pegamento y a irse de sus casas.

En la actividad final de este Taller los niños y adolescentes construyeron su propio horno de barro²⁹ con la asistencia de un agrotécnico perteneciente al equipo.

Durante su transcurso ocurrieron dos acontecimientos que nos hicieron tener registro de la importancia que las imágenes fotográficas tienen para estos niños/as y adolescentes. En una de las jornadas se trabajó con imágenes de revistas, las cuales sirvieron como disparador para contar historias de sus vidas (sobre delincuencia, violencia, consumo, represión policial, etc).

Por otro lado, al fotografiar los diferentes momentos del *Taller de Panificación*, notamos que la mayoría no tenía fotos personales ni de su entorno familiar. Por ello, se decidió, al cierre del Taller, que cada uno elija una foto y arme su propio portarretrato como recuerdo de la actividad.

El equipo profesional rescató tal interés de los niños y adolescentes puesto en la imagen fotográfica, para poder desde allí trabajar sus relaciones consigo mismos, con sus pares, sus familiares, su barrio y los vínculos que hacen a la construcción de sus identidades.

A partir de estas reflexiones fuimos dando forma a lo que finalmente resultó el "*Taller sobre Identidades*". Su objetivo fue abordar aspectos de su biografía personal e historia familiar y barrial utilizando la fotografía como recurso, así como también debatir sobre los espacios que ocupan en el barrio y la ciudad, en un intento de resignificar los lugares por donde transitan (calles, instituciones del barrio, espacios públicos, etc.).

** Gabriela Gastaldi: Psicóloga (UNR), Psicóloga Centro de Salud Municipalidad de Rosario. Miriam Kreiman: Lic. en Trabajo Social (UNR), Trabajadora Social Centro de Salud Municipalidad de Rosario. Graciela Mangas: Psicóloga (UNR), Psicóloga Centro Crecer Municipalidad de Rosario. Florencia Trabattoni: Lic. en Trabajo Social (UNR), Trabajadora Social Área de la Niñez Municipalidad de Rosario. Marcos Urcola: Lic. en Trabajo Social (UNR), Becario CONICET. Carina Urmeneta: Lic. en Trabajo Social (UNR), Trabajadora Social Área de la Niñez Municipalidad de Rosario.

²⁹ Al disponer del horno el objetivo del equipo fue planificar en un futuro otros talleres de panificación teniendo como eje un microemprendimiento. Dicho objetivo no coincidió con el interés de los adolescentes, lo que ocasionó el replanteo sobre las estrategias para llevar a cabo las diferentes actividades a partir de elaborarlas conjuntamente con ellos.

A continuación, contaremos en un primer momento la metodología de trabajo y en un segundo tiempo las reflexiones que construimos a partir de lo registrado en el transcurso del Taller.

Planificación del taller: objetivos y actividades

Pensamos el Taller como un campo con un encuadre dinámico y flexible el cual fuimos reformulando en función de las situaciones que se fueron dando al interactuar con los niños y adolescentes.

Dentro de la planificación nos planteamos:

Como *objetivo general*: generar procesos de reflexión-aprendizaje que permitan a los niños y adolescentes reconocerse en aquellos aspectos que hacen a la condición singular de sus identidades culturales, políticas, religiosas, sociales, laborales, pero también aquellos aspectos referidos a su derecho esencial a ser reconocidos como iguales.

Como *objetivos específicos*: generar procesos de reflexión que apunten a reconstruir la historia personal y barrial³⁰ a partir del trabajo con la fotografía; debatir sobre los espacios que ocupan y transitan en el barrio y la ciudad; trabajar con imágenes y textos de la prensa escrita y audiovisual sobre las representaciones que se tiene sobre la delincuencia, las drogas, la situación de calle; elaborar una producción escrita y/o con imágenes donde los chicos cuenten creativamente sus gustos, sus preferencias, sus historias.

El proyecto estuvo dirigido a niños y adolescentes en situación de calle de los Barrios *Toba* y *23 de Febrero* de la zona oeste de la ciudad con quienes se venía desarrollando un proceso de trabajo previo, considerándose la inclusión a este espacio como parte de la estrategia de intervención. Asimismo pensamos en ampliar la convocatoria a otros chicos con los cuales los diferentes integrantes del equipo profesional veníamos trabajando en seguimientos y/o tratamientos individuales y/o familiares; evaluando que la inclusión en este espacio podía ser pertinente para el abordaje de sus problemáticas específicas.

De este modo, el grupo de niños y adolescentes se conformó de un modo heterogéneo en el intento de producir una diversidad por fuera de la problemática del consumo de inhalantes, generando otros espacios u otras formas de relacionarse.

El Taller se sostuvo con la participación del personal del *Centro de Salud Toba* de la Secretaría de Salud Pública (Trabajadora Social y Psicóloga), del *Centro Crecer N° 8* (Psicóloga y Agrotécnico)³¹, del *Programa de Promoción Familiar* perteneciente al Área de la Niñez (dos Trabajadoras Sociales, dos Técnicos en Minoridad y Familia y un Profesor de Teatro) de la Secretaría de Promoción Social; instituciones dependientes de la Municipalidad de Rosario (Santa Fe) y Becario del CONICET (Trabajador Social, ex integrante del Área de la Niñez)³².

³⁰ La historia, al posibilitar narrar la *permanencia*, aun en medio de diversidades y adversidades, permite elaborar la identidad.

³¹ “Con una mirada multidimensional sobre la pobreza se crea en marzo de 1997 el Programa Crecer. A partir de la concreción de dos Programas de carácter nacional, PROMIN y PRANI, financiados con fondos BID, BIRF, se construyeron o refaccionaron y equiparon edificios ubicados en barrios periféricos de la ciudad, los cuales suman un total de 30, siendo uno de ellos el Centro Crecer N° 8. Al modelo de Atención Integral Infantil, se incorporaron nuevos proyectos articulándolos bajo un mismo Programa Crecer que desarrolla acciones de asistencia directa y de promoción del desarrollo humano. Se organizaron y definieron una serie de proyectos (Nutricional, Pedagógico, de Actividades Productivas y recreativas), promoviendo que las familias adquieran un mayor grado de protagonismo, no ya como sujetos pasivos, sino como sujetos de derechos capaces de asumir responsabilidades, compromisos y relaciones de reciprocidad. También se promovió la incorporación de integrantes de la comunidad que colaboran en forma voluntaria en el desarrollo de estos proyectos” *Datos extraídos de información oficial de Municipalidad de Rosario*.

³² Queremos expresar nuestro reconocimiento a Katia Palacios, Lucas Consalvo (Técnicos en Minoridad y Familia), Ezequiel Grau (Agrotécnico) y Pablo Pace (Profesor de Teatro), quienes si bien no participan de esta producción escrita han trabajado junto a nosotros en la planificación y realización del taller, así como también de muchas de las reflexiones que aquí intentamos relatar. Además queremos brindar un especial agradecimiento a los equipos de trabajo del Centro Crecer N° 8, el Centro de Salud Toba y el Área de la Niñez, quienes han dado su apoyo durante todo el proceso de realización de la presente actividad.

El espacio físico utilizado fue un Obrador³³ ubicado en el Barrio *23 de Febrero*, el cual dependía de la Secretaría de Promoción Social y se compartía con las instituciones del barrio cuando se realizaban actividades comunitarias. Además en uno de los ámbitos del Obrador funcionaba un aula radial de E. G. B. para adultos, con dos grupos de alumnos en los horarios de la tarde. Esto lo referenciamos en función de que cuando llevamos a cabo el Taller sobre Identidades estábamos en espacios linderos.

Se planificaron ocho encuentros desarrollados durante los meses de agosto-septiembre de 2004 que se realizaron los días martes y jueves de 14 a 16 horas, utilizando cada martes para salir a fotografiar de acuerdo a las diversas consignas y los jueves para el retrabajo y reflexión sobre las imágenes tomadas por los chicos. Cada encuentro del Taller contó con una introducción lúdica que pretendía ponerlos en situación respecto a aquello que debíamos dialogar o retratar con la fotografía.

El equipo de profesionales implicado en el desarrollo del mismo tenía dos días de reunión. Uno, los días miércoles donde se comunicaba lo sucedido el día martes y se replanificaba las dinámicas para la reflexión del día jueves. Otro, los días viernes que servía como reunión de evaluación y revisión constante del Taller.

Las actividades propuestas giraron alrededor de los siguientes ejes temáticos:

- 1- *Autoimagen y autorretrato*: cada chico debía elegir el lugar y la forma en que quería ser retratado individualmente para luego presentarse al grupo (“este soy yo”).
- 2- *La familia y los “otros” significativos*: cada chico podía elegir con qué miembro de su grupo familiar, amigos, vecinos, etc. quería fotografiarse (con un máximo de 5 fotografías por chico) para luego contar al resto quiénes eran esas personas y qué experiencias de vida los unía a ellos (anécdotas).
- 3- *El barrio y sus lugares*: divididos en dos grupos los chicos debían recorrer su barrio y fotografiar aquellos sitios significativos y representativos del lugar donde viven; para luego discutir la importancia de lo fotografiado, qué les gusta, qué le falta y qué cambiarían de su barrio.
- 4- *La TV que nos gusta*: se debía discutir sobre programas de televisión más vistos, dividirse en dos grupos y, eligiendo alguno de los programas mencionados, representarlo en secuencias posadas para una fotonovela. Al elegir el personaje a representar y realizar la puesta en escena cada uno, contaba al resto qué papel realizó en la fotonovela, por qué lo había elegido y cómo se sintió en el mismo.
- 5- *Elaboración del Boletín*: como producto final del Taller los chicos debían elaborar con el material fotográfico el diseño de un boletín impreso con un nombre que los identificara y donde contarían quiénes son y las actividades que habían desarrollado durante el Taller.

Contexto de realización del taller

La mayoría de las familias de los chicos concurrentes al taller habitan en el barrio *23 de Febrero* y el resto en el barrio *Toba*. Ambos barrios están constituidos por “viviendas sociales” producto de planes de relocalización de villas de emergencia y se encuentran divididos por la calle Rouillon. Si bien parece un barrio único, se observan las diferencias marcadas entre la comunidad Toba y la de “los criollos”, dando lugar a múltiples procesos de segregación y mutuas discriminaciones.

La estructura familiar de los chicos es muy variada, presentando diversas situaciones trágicas por la ausencia de algún miembro del grupo familiar (padre o hermanos

³³ Lugar que había sido utilizado por el Servicio Público de la Vivienda (SPV) durante la construcción del barrio.

fallecidos o presos). Algunos de los chicos más grandes ya han tenido su primer hijo pero siguen viviendo en el mismo núcleo familiar.

La mayoría mantiene un vínculo inconstante o nulo con la institución escolar. Algunos van para poder asistir al comedor y los que no lo hacen, generalmente reciben ayuda alimentaria de otra institución del barrio.

Las condiciones laborales de los integrantes de sus familias es de escasa o nula calificación y su inserción en el mercado de trabajo es esporádica a través de contratos temporarios (sobre todo en la construcción), del trabajo por cuenta propia de la economía informal o la asistencia proveniente de los “planes sociales” del Estado. En el campo combinado de estas tres formas de percepción de ingresos, en algunos casos las estrategias laborales de los grupos familiares requieren de la incorporación y participación de los niños y adolescentes.

El Taller se desarrolló en este contexto donde contamos con una cantidad de entre ocho y catorce chicos por encuentro con edades que oscilaban entre los 10 y los 15 años en su mayoría. Es de destacar la continua asistencia de los chicos, su puntualidad y el entusiasmo con el que participaban de las actividades propuestas. Entre los puntos negativos y preocupantes que luego desarrollaremos en nuestras reflexiones, se destacan la dificultad para escuchar consignas, escucharse entre sí y las agresiones tanto corporales como verbales (con gritos e insultos, generalmente vinculados a ciertas prácticas sexuales).

A continuación iremos desarrollando diferentes temáticas recurrentes que se fueron presentando durante los ocho encuentros y que nos permitieron reflexionar y conceptualizar algunos aspectos trabajados desde nuestra práctica

Sobre sus gustos, inquietudes y propuestas

Plantearnos un Taller sobre Identidad nos llevó a dialogar con los niños/as y adolescentes sobre sus gustos e inquietudes con el objetivo de poder conocerlos/nos y saber sobre sus deseos, anhelos y proyectos.

Esto, sin perder de vista que son niños/as y adolescentes que en general están fuera del sistema educativo formal, o con una escolarización asistemática, estando la mayoría del tiempo en la calle, ya sea en su barrio o en la zona céntrica de la ciudad.

Teniendo en cuenta que en la infancia y adolescencia la escolaridad está pensada como un organizador principal de la vida, estos dos rasgos, nos interpelan de modo particular, por el uso que hacen del tiempo y acerca de sus aspiraciones.

En este sentido es que nos preguntamos ¿Qué motivaciones tiene un adolescente que vive en contextos de pobreza y vulnerabilidad?

En un primer momento del Taller, ante la pregunta explícita sobre sus intereses, sobre “qué es lo que les gusta hacer”, en general aparecieron respuestas “clisé”, esperables en un adolescente; casi podríamos decir que respondieron lo que “socialmente está construido como aceptable”: “*jugar a la pelota, escuchar música, bailar, jugar a los videos, etc.*”.

Durante el transcurso de los sucesivos encuentros, comenzaron a surgir otros intereses, que consideramos más genuinos y vinculados a su realidad cotidiana y más próxima.

Este interés quedó formulado como una propuesta, que en la insistencia se instaló como una demanda. Al decir de los chicos: “...*tenemos que salir del barrio... de acá... del barrio*”; “*hacer un viaje... un camping... ir al parque*”; “*sí, es verdad, algo más natural, salir, salir de acá*”; “*ir todos juntos a La Florida*³⁴”.

³⁴ Balneario municipal ubicado a orillas del río Paraná.

Nos interesa destacar cómo el Taller permitió ir construyendo otras aspiraciones. Esto se evidencia en el corrimiento que se produjo desde las primeras respuestas “clisés”, a la formulación de una demanda de las actividades que hacen a una marca más propia de su constitución subjetiva identitaria.

La insistencia en “salir del barrio” aparece como una necesidad imperiosa frente a la inexistencia de espacios recreativos, lúdicos y de esparcimiento en el barrio, lo cual habla de un malestar con su hábitat, con el lugar dónde “tienen que vivir”.

Paradójicamente, este pedido surge en niños y adolescentes que salen permanentemente de su barrio transitando los diferentes espacios de la ciudad (situación de calle), con lo cual se nos planteó el interrogante de qué es lo que subyace a ese pedido.

Entendemos que se trata de un pedido de una salida organizada (reglada), que les permita circular por los espacios públicos (parques, La Florida, centro), de un modo diferente a lo que lo hacen usualmente; con un marco de legalidad que los ordene, que los contenga y que les permita transitar y/o ocupar lugares de modo inclusivo; siendo que por el contrario, lo que habitualmente viven (según sus relatos y según nuestros registros) son situaciones expulsivas. Lo que leemos es que de algún modo necesitan de un Otro que los ordene y les dé un marco que por sí solos buscan de modo fallido, no pudiendo tener registro de límites, reglas, horarios, etc. Es decir un dispositivo que los habilite como sujetos.

Un lugar en el mundo: el barrio y la ciudad

Reflexionando sobre *el lugar singular* de los niños y adolescentes con los cuales trabajamos, nos atrevemos a decir que, por momentos, visualizamos a un adolescente anclado en el vivir “como se puede”, situación que lo instala en un sitio donde transformar su realidad es un imposible con su propia capacidad de acción. En algunos casos se observa que recurren a lo mágico para resolver esta limitación. Los miembros del equipo nos preguntamos, ¿qué es necesario construir para que ellos descubran su propio lugar, su subjetividad en el espacio?

Si la adolescencia es un momento importante en la consolidación de subjetividades, la posibilidad de ser asistidos oportunamente favorece el encuentro con ellos mismos y con los otros reelaborando experiencias anteriores. Así los lugares o personas que recuerdan de las instituciones son aquellos quienes les posibilitan ese espacio del encuentro con ellos mismos y con otros: en un momento del trabajo fotografiaron a “el Héctor, un amigo”, la preceptora, el Centro de Salud (mencionando al Dr. Javier, con quien habían compartido charlas de prevención en adicciones y sexualidad), la vecinal (donde retiran la comida), el Centro Crecer (“*donde nos dan mate*”).

Según sus relatos, el barrio se presenta como un *lugar de desarraigo*, un *lugar no planificado* por sus familias, es decir, un espacio impuesto para la sobrevivencia. La mayoría de los chicos proceden de otros barrios y al ver la foto que muestra la cuadra donde viven actualmente relatan anécdotas de cuando eran más chicos y vivían en los barrios de Empalme Graneros o Juan José Paso, comentando que, de vez en cuando, van para allá a visitar a los familiares y amigos que allí les han quedado.

Ellos remarcan todo lo que le falta al barrio, todo lo que no tiene, todo lo que habría que cambiar para mejorar la vida de los que allí habitan y nadie lo hace. Por ejemplo: la falta de lugares recreativos, de un polideportivo, un club, un parque, un lugar para bailar, de calles en buen estado, etc. Les gustaría que el lugar donde viven fuera “*más limpio*”, “*que corten el pasto y que pase el basurero como en el centro*”, “*que haya más respeto y compañerismo entre los vecinos*”.

Lo anteriormente desarrollado nos lleva a reflexionar si como sociedad les brindamos la posibilidad de un “lugar en el mundo”. Esto nos conduce a la idea planteada por P. Aulagnier, “*la psiquis y el mundo se encuentran y nacen uno con otro, uno a través del otro; son el resultado de un estado de encuentro. Si mediante el mundo se designa al conjunto del espacio, exterior a la psiquis; diremos que la psiquis encuentra a este espacio en un primer momento, representado por su propio espacio corporal y por el espacio psíquico, en la forma más privilegiada, que es por el espacio psíquico materno....*” (Aulagnier, 1997: 30).

Se puede observar en la mayoría de chicos con quienes trabajamos un sinfín de problemáticas; entre ellas un espacio familiar con quiebres irrecuperables. Se encuentran en un estado de vulnerabilidad, mucho más expuestos que otros pares a situaciones de riesgo

Se muestra un orden psíquico que generalmente no coincide con el orden institucional establecido o instituido. Sus características demandan un accionar de nuestras instituciones que los nutra de *la ternura* a la que hace mención F. Ulloa (1995), quien sostiene que “*es el más antiguo oficio de la cultura*”. La ternura, siendo de hecho una instancia ética, es un compromiso de responsabilidad con el sujeto infantil que consiste en la renuncia materna a apoderarse de su producto, sin abandonarlo en su desamparo y ubicando, así, la ternura como único garante de la posibilidad de supervivencia y constitución psíquica de cada infante al nacer.

“Pibes chorros” e identidad tumbera.

En este punto se pretende dar cuenta de aquellos acontecimientos, vivencias y relatos de los chicos que, en el transcurso del taller, develan cómo lo delictivo constituye un rasgo que atraviesa su vida cotidiana, con lo cual, podemos leerlo como una marca de su constitución subjetiva identitaria.

Identidad que consideramos que se construye, por un lado, a partir de la mirada de los otros (mirada que otros depositan en ellos), mirada estigmatizante que los reafirma en el lugar de la transgresión de la ley; y por otro lado y al mismo tiempo, qué hay de propio en esta constitución identitaria ligada a la “cuestión tumbera”.

Con el transcurso de los talleres emerge en sus comentarios, respuestas y relatos lo que aquí denominamos la “cuestión tumbera”. Expresiones y manifestaciones que hablan acerca de cómo sus vidas están atravesadas por los conflictos con la ley penal, el consumo de sustancias (legales e ilegales), el circuito judicial-penal y el paso por las instituciones de encierro (comisarías, institutos de menores), la exposición a la autoridad policial, etc., y de las marcas que estos avatares van dejando en ellos.

Como ejemplos de miradas estigmatizantes podemos relatar una situación ocurrida en el inicio de uno de los encuentros donde sentados en círculo en el aula del “Obrador” aparece una maestra quien habiendo sido docente de algunos de ellos en la escuela del barrio y molesta por el ingreso “ruidoso y desordenado” de los chicos afirma en voz alta “*a estos chicos los conozco, son todos chorros y drogadictos, son terribles...*”.

En otro momento donde se retrabajó una situación teatralizada³⁵, los chicos describían con gran naturalidad hechos de su vida donde habían pasado por una “requisa” de la policía según ellos por “portación de caras”, sin haber estado involucrados en ningún episodio delictivo.

Por otro lado y con la misma carga de sentido, registramos relatos donde

³⁵ Teatralización para la fotonovela del Programa de TV “Ser Urbano” (según ellos “Ser Un Bando”), donde “Gastón Pauls” entrevista a unos chicos presos por robo y tenencia de drogas.

aparecía como propia esa mirada de los “otros”, ligada a lo prohibido, a lo ilegal. Uno de ellos viendo una foto de una señora del barrio con su bicicleta dice: “*Acá está la bici que le vendí yo*”; otro dice: “*Me echaron de la escuela porque le robé a un caretón*” y en reiteradas oportunidades cuando alguno de ellos relataba un episodio relacionado con el robo se decían: “*Dejá de hacerte el tumbero*”.

Cabe destacar la insistencia de este tema, el cual no había estado planificado en los ejes del Taller, y cómo la mencionada “cuestión tumbera” se fue manifestando de modo recurrente.

¿Qué pueden hacer estos chicos con esas miradas, cuando se encuentran con esos casos subjetivos y a su vez con un “Otro” que espera muy poco de ellos, no habiendo adultos que contengan y habiliten a estos niños y adolescentes?

Nos interesa dejar planteado el siguiente interrogante: ¿cómo juegan en estos chicos los déficit de las funciones materna y paterna en sus constituciones subjetivas, y cuánto inciden en ellos las miradas estigmatizantes que los reafirman en identidades cuyas cargas de sentido son negativas?

La palabra muestra sus modos de vida

Lo cotidiano en estos chicos es del orden de lo traumático: no pueden simbolizarlo. El robo, la droga, la calle, se transmitían hacia nosotros, los profesionales, con tanta crudeza y naturalidad, que nos sentíamos cómplices ante nuestra imposibilidad de re-trabajar estas situaciones.

En el transcurso del taller uno de los chicos constantemente se escondía en su capucha, hablaba de otro tema, uno de sus compañeros “gastaba” a los otros, otro “escupía” todo el tiempo. En el equipo pensamos, que tal vez habían consumido pegamento o kerosén. Se observaba que les costaba crear el clima de reflexión, se percibía la imposibilidad de poder parar, de poder escuchar.

El grupo era de ambos sexos y se notaba en los varones una forma más violenta en el trato que en las mujeres, ellas demostraban más interés por hablar y sugerían otros temas. Una de las chicas pedía orden, nos puntualizaba si nosotros llegábamos tarde, nos pedía que fuéramos más firmes y en oportunidades ponía ella el orden para comenzar o se enojaba, insistía en querer trabajar en los talleres (actualmente esta adolescente sostiene espacios formales de capacitación).

Durante varios días sólo podían hablar de robos, del pegamento, de la comisaría, la “cana”, expresiones sexuales agresivas, etc. Cuando esta situación aparecía más potenciada en las reuniones de replanificación del Taller surgían algunos interrogantes: ¿Qué buscábamos en este espacio? ¿Cómo nos sentíamos cuando todo era un insulto? ¿Cómo ellos veían o sentían estas cosas? y nos preguntábamos: “*no sé si les queda algo... se habla mucho, se escupen las palabras*”. A uno de ellos no se lo podía calmar, siempre boicoteaba, había otro que lo seguía, pero su forma de hacer presencia era muy diferente. Los mismos chicos del taller preferían que no participara. Sin embargo, siempre estaba presente. Esto aparecía reiteradamente, era tiempo de considerarlo, pero ¿cómo instalarlo en el Taller?

En un momento de reflexión del equipo, se verificó que en general, cuando se planteaba una consigna de trabajo los chicos la podían cumplir. Y observamos un encuentro en el que se comportaron muy bien durante la primera hora y luego el clima comenzó a decaer hasta que no se pudo continuar. Circulaba la palabra, sólo para contar el lugar al que refería cada foto. No se podía profundizar sobre los significados de cada uno de los sitios escogidos (consigna de una de las actividades propuestas).

Era frecuente que aparecieran comentarios de que salen a robar juntos, de que fueron presos juntos, de que consumen drogas, de que no les gustaría ir a Coronda³⁶, de que se emborracharon con los amigos, etc. pero ninguno de estos enunciados podía ser retrabajado con el grupo y *quedaba en el aire como una anécdota*. Nos sorprendió la cantidad de relatos de episodios relacionados con la policía, la detención, las requisas por tener “*cara de drogado...*”, etc. (“*te sacan la mochila y revisan todo lo que llevas...*”, “*tenés que hablar sólo cuando te preguntan...*”).

La teatralización se presentó, entonces, como recurso a tener en cuenta para bajarlo ya que permitió que ellos se colocasen en otro lugar jugando con el personaje representado. En una representación se pudo observar que ponían el cuerpo en el personaje. La consigna consistía en representar un programa de televisión, para luego modificarlo de acuerdo a sus vivencias. Entre los niños y adolescentes hacían el comentario de uno de los programas elegidos (“Ser Urbano”), refiriéndose a la tristeza de estar en la comisaría y decían: “*No recibís visitas de los familiares ni de los amigos...*”. Uno de los chicos manifestó: “*Que se joda...*”; en otro momento, a modo de chiste, otro de ellos le dice a su compañera de actuación que representó el personaje de llorona y de mala porque “*llorás y te dan plata*”. Esto nos llevó a reflexionar que las representaciones son otra forma de hablar, de otro modo no lo hubiesen podido expresar.

Nos preguntábamos si estaban hablando, pidiendo o sólo es lo que representaban. Se podría pensar que fue un error de nuestra planificación, considerar que sólo hicieran registro por medio de la palabra y no permitimos una flexibilización del encuadre con respecto a poder visualizar otras formas posibles de expresar sus modos de vida.

Reaparecía el resguardo en nosotros de no ser cómplices de los relatos referidos a transgresiones de la ley o conductas delictivas, lo cual obturaba nuestra escucha. A su vez era y fue nuestro desafío, profundizar en la reflexión para que pudieran emerger otros posicionamientos que les posibilitaran situarse en un lugar diferente al habitual.

De la expulsión a la autoexpulsión

Al indagar sobre las historias y trayectorias de vida de los niños y adolescentes observamos como han sufrido múltiples procesos de expulsión de las instituciones por las que han transitado. En su “deambular” por el circuito de calle estos niños y adolescentes viven cotidianamente situaciones de expulsión de los diferentes comercios, bares, paradas de taxi, plazas y otros lugares públicos donde su presencia no es bien recibida, así como también de las diferentes instituciones como la escuela, centro comunitario, etc.

Estos procesos, cuando son vividos cotidianamente, los colocan en un lugar luego asumido por ellos, que es el de hacerse expulsar de los espacios por los que transitan (¿profecía autocumplida?), trasladándose esto incluso al propio “Taller de fotografía” al transgredir las normas que se habían acordado para su realización.

Para ilustrar lo relatado anteriormente describiremos tres situaciones ocurridas durante el transcurso del Taller:

- 1- Cuando estábamos realizando las fotografías de los diferentes lugares del barrio, estando en la entrada de la escuela, tres de los varones del grupo comenzaron a insultar a una de las docentes y a arrojar piedras hacia una de las puertas de la institución. Como consecuencia de esta situación, la portera nos pidió que nos retiráramos, con lo cual no pudimos concretar el objetivo planteado de sacar fotos en el espacio de la escuela.

³⁶ En referencia a Unidad Penitenciaria N° 3 situada en la ciudad de Coronda, Pcia. de Santa Fe.

- 2- Otro de los días de retrabajo del Taller estando en un espacio contiguo al Aula Radial para adultos, la maestra nos solicitó que los chicos bajaran el tono de voz ya que en esas condiciones no podía trabajar con sus alumnos. A partir de este pedido acordamos con ellos continuar la actividad con un marco de ordenamiento, pero al no poder sostener lo acordado se tuvo que dar por finalizado el encuentro como un modo de poner un límite.
- 3- Otro episodio ocurrió cuando algunos de los chicos entraron al Aula contigua donde daban clases y robaron comida perteneciente a quienes asistían a la escuela. Anoticiados de ésto lo conversamos con ellos consiguiendo que devolvieran lo sustraído y dando por finalizado el encuentro.

A partir de estos acontecimientos comenzamos a registrar que ellos mismos nos pedían que “apartemos” del Taller a quienes generaban estas situaciones que los obligaba a retirarse de los espacios donde trabajaban (“*por unos pagamos todos*”).

Nuestro propósito era no reproducir una lógica expulsiva, con lo cual el desafío fue intentar conservar el propio espacio de Taller construyendo y acordando nuevas reglas que permitieran su continuidad en un marco de mejor convivencia mutua para, así, disfrutar del tiempo compartido y de la tarea a realizar.

¿Cómo construir un espacio que no reproduzca el mismo proceso? Nuestra estrategia fue suspender momentáneamente las actividades del Taller y dedicarle un encuentro completo al desarrollo de una Asamblea donde pudimos acordar nuevas reglas sin que nadie quedara afuera (ellos mismos pudieron proponer sus propias ideas ordenadoras).

La dinámica fue a través de tarjetas donde planteamos disparadores que tenían que ver con sus expectativas sobre el Taller y con sus malestares en la convivencia durante la actividad.

Las mismas giraron en torno a:

¿Qué esperan del equipo de coordinadores?

“...*qué vengan todos y a horario*”

¿Qué cosas del Taller habría que cambiar?

“...*no tenemos que putear ni gritar, respetarse...*”; “...*ir al Parque, sacar fotos...no acá...en el parque...*”; “...*sí es verdad, algo más natural...*”; “...*no me gusta como se tratan...*”

¿Por qué vengo al Taller?

“...*Para aprender a sacar, a revelar...*” ; “...*porque nos gusta...*”

¿Qué fue lo que más les gustó hasta ahora?

“...*la parte que sacamos fotos con las vacas*”; “...*cuando hicimos de vacas*”

¿Cómo nos estamos tratando en el grupo?

“...*mal, con agresión*”; “...*re patético...*”; “...*acá te están diciendo que estás molestando, tenés que saber que estás compartiendo un lugar con otras personas...*”

¿Cómo seguimos?

“...*todos tranquilos...*”; “...*el jueves que viene, todos re piola*”.

A partir de estos disparadores los chicos pudieron ir explicitando sus malestares, algunos de los cuales estaban dirigidos al equipo de coordinación y otros tenían que ver con sus modos de relacionarse con agresiones.

Algunos de los reclamos hacia nosotros tuvieron que ver con “*que los coordinadores lleguen a horario*”, “*qué se hagan respetar con los que molestan*”.

Y los que iban dirigidos hacia ellos: las chicas reclamaban hacia los varones sobre su comportamiento, ya que: “*gritan, insultan y no escuchan a los demás*”, “*no se puede trabajar nada con ellos*”.

Como síntesis de estos reclamos y planteos construimos un “Código de Convivencia” el cual nos sirvió para poder retomar el trabajo del Taller con reglas propuestas y acordadas conjuntamente.

Este Código fue plasmado en un afiche el cual era leído al comienzo de cada nuevo encuentro. Se expresaba en los cuatro siguientes postulados:

- QUE ESTEMOS TRANQUILOS
- QUE NO MOLESTEMOS NI NOS MOLESTEN
- QUE ESCUCHEMOS Y NOS ESCUCHEMOS
- QUE NO NOS PELEEMOS

Las lecturas de los diferentes acontecimientos ocurridos durante el Taller nos llevan a pensar en cómo insiste esta apelación al límite externo (como legalidad), que es algo que consideramos está fallido en la subjetividad de estos niños y adolescentes.

Apelar a la confección de un código con reglas claras y acordadas, representó un avance importantísimo para continuar el desarrollo del dispositivo y para la generación de futuras propuestas como las demandadas por ellos (salir del barrio, hacer un viaje, ir de camping, etc.)

Consideramos que estas intervenciones apuntan a fortalecer sus identidades vulnerables.

Producción final del taller

Más allá de los interrogantes y preocupaciones que despertó la puesta en práctica del *Taller sobre identidades*, la última actividad propuesta fue ampliamente satisfactoria y dio como resultado la elaboración colectiva de un boletín impreso³⁷ donde se mostraba a través de la fotografía todo lo que se había trabajado en los diferentes encuentros: quién era cada uno (una foto personal con el nombre, fecha de cumpleaños y lo que más le gustaba hacer), qué piensan de la amistad (fotos con sus amigos), cómo es su barrio (mostrando los lugares típicos del mismo y enunciando las cosas que le faltarían), dos historias contadas a través de fotos posadas sobre programas de televisión elegidos por ellos (“Padre Coraje -o Carajo-” y “Ser Urbano -o Ser un Bando o Ser un Vago-”) y la construcción de un nombre para el boletín que los identificara como grupo: “Los Bochincheros”.

Una vez impreso el boletín, cada chico pudo disponer de una cantidad de ejemplares del mismo para regalar entre sus amigos, familiares y otras personas del barrio, así como también guardar las fotografías que cada uno había sacado como un registro singularizado de su producción durante el Taller.

Esta última actividad nos permitió observar positivamente el entusiasmo con que los chicos distribuyeron y mostraron el material producido³⁸ durante el transcurso del Taller y nos permite afirmar con seguridad que la presente propuesta permitió abrir nuevos horizontes para el abordaje de las problemáticas que afecta a dichos niños, adolescentes y sus familias.

Consideraciones finales y perspectivas

A partir de las diferentes inquietudes disciplinares, el objetivo del trabajo fue interrogarnos sobre cómo se construye y fortalece la identidad en estos chicos sometidos a un entramado de relaciones de privación de múltiples bienes materiales, simbólicos y

³⁷ La impresión del mismo fue financiada por la Secretaría de Promoción Social de la Municipalidad de Rosario, con un tiraje de 200 ejemplares.

³⁸ La presentación del material elaborado se realizó en el marco de la muestra de fin de año del Área de la Niñez el día 2 de diciembre de 2004.

culturales. Pensamos la realización del Taller como un *espacio habilitante* que posibilitó dar lugar a los niños y adolescentes como sujetos portadores de la palabra más allá de los rótulos que los inscribían dentro de la *situación problemática* que nos convocaba inicialmente como profesionales.

Las reflexiones surgidas de las discusiones (antes, durante y después) del Taller forman parte de un ejercicio de sistematización y problematización constante de la realidad que, a primera vista, se presenta de un modo caótico y que como profesionales consideramos esencial para el rediseño de las propuestas interventivas que fundan las respectivas prácticas disciplinares presentes y futuras.

Desagregamos nuestras consideraciones finales en dos grandes líneas analíticas: el psicoanálisis y la sociología.

Desde una lectura psicoanalítica Freud define la identificación como la manifestación más temprana de un enlace afectivo a otra persona y desempeña un importante papel en la prehistoria del Complejo de Edipo. A partir de esta definición se plantea que el yo es un residuo identificatorio que toma a su cargo y metaforiza un conjunto de rasgos de identificaciones que corporizan al organismo. Con relación a esto S. Bleichmar sitúa que la masa ideativa del yo se ordena alrededor de dos ejes: *conservación de la vida y preservación de la identidad*. Dos procesos de autoconservación y de autopreservación que son constitutivos de la subjetividad.

En épocas históricas desmantelantes estos ejes entran en contradicción, siendo que la supervivencia biológica se contrapone a la vida psíquica. Se obliga a optar entre sobrevivir a costa de dejar de ser o seguir siendo quien se es a costa de la vida biológica. Esta crisis identitaria de la sociedad pone de manifiesto que esta contradicción que asecha al conjunto. Sin embargo no se debe suponer que todos los integrantes de la sociedad estén sometidos a la ausencia de un universo identificatorio posible. Es en este punto donde la intervención de las instituciones mediadoras de las identificaciones intentarán la recomposición de procesos identificatorios que enfrenten la desintegración a la que nos referíamos (Caplan y otros, 2005).

En la misma línea argumentativa S. Bleichmar en su libro *Dolor País* (2002) hace referencia a una dimensión alternativa que abre la posibilidad de producir un proceso de identificación recíproca que permite recuperar la condición de humanidad en riesgo: constitución cotidiana de sentido, de propuestas y de proyección futura, requisitos de una humanización posible que genera condiciones para que cada uno se sienta – identificado a sí mismo.

Con identificación recíproca se hace referencia a recomponer las grandes líneas de identidad que se ven fracturadas en los adultos mismos para que de este modo puedan o no tomarse estas cuestiones identitarias en las generaciones venideras.

Nos encontramos con funciones maternas y paternas cruzadas, imbricadas en lazos familiares y filiales circunstanciales, que varían casi en la cotidianidad. Con lo cual, ante estas situaciones y estos “sujetos”, desde nuestros lugares en las instituciones públicas nos interrogamos si intervenimos fortaleciendo estos procesos identificatorios fallidos o por el contrario obstaculizamos sus posibilidades.

Desde una perspectiva sociológica el concepto de identidad remite a un sujeto portador de historia social, de cultura y de relaciones interpersonales.

En el escenario actual, los chicos consolidan sus identidades individuales y colectivas en el devenir de una cotidianidad acosada por la crisis nacional y mundial. Esto genera incertidumbre, expectativas acotadas en el tiempo, quiebre en los lazos sociales y la percepción de una vida signada por procesos de vulnerabilidad (Caplan y otros, 2005).

Precarización, desafiliación y vulnerabilización (Castel, 1997) son conceptos claves para comprender las identidades sociales de los sujetos con los cuales trabajamos. Así comprendemos la pobreza en su dimensión relacional y procesual. Los sujetos insertos en contextos de pobreza y vulnerabilidad construyen sus identidades en la intersección de los procesos macro y micro sociales de producción y reproducción de la vida cotidiana y nunca individualmente como sujetos aislados del acontecer social.

Nuestra lógica de intervención social apunta a fortalecer la identidad que le permite a cada uno de ellos reconocerse como un ser único y diferente.

Es necesario considerarlos no como un objeto a modelar sino como un sujeto portador de historia, sueños y proyectos, que consolida su identidad no sólo a partir de lo que él es, sino también a partir de lo que quiere y puede ser (expectativas de vida). El concepto de identidad nos ayuda a comprender la realidad vivida por los sujetos en su singularidad histórico-social.

Finalmente queremos remarcar que hace a la ética de nuestro trabajo reflexionar y repensar sobre la cotidianidad de nuestras prácticas profesionales. El presente escrito es un producto de esta actividad reflexiva que no se agota aquí.

Si se respondiera sólo a la demanda nos privaríamos de la posibilidad de encontrarnos con las particularidades (que marcan la diferencia) de un sujeto sufriente a otro, quien hace síntoma del sistema que no le permite ser.

Como equipo hemos problematizado y redefinido nuestras tareas gracias al ejercicio reflexivo al servicio de una acción interventiva que permite afirmar con seguridad, haber logrado uno de los objetivos propuestos: hacer emerger esas otras *múltiples identidades* opacadas tras el rótulo de una *situación problemática* y que hacen a la singularidad de cada niño-sujeto con el que se estaba trabajando a través de un abordaje individual

El *Taller sobre identidades* nos sorprendió con la manifestación de los problemas concretos que aquejan, disgustan y oprimen cotidianamente a estos niños (discriminación, carencias afectivas y materiales, adicciones, etc.), pero también con la puesta en escena de sus anhelos, talentos y propuestas creativas.

Sin duda, la actividad desarrollada permitió la construcción de un espacio donde la fotografía funcionó como espejo para reconocernos en nuestras semejanzas y diferencias, dando la posibilidad de que cada niño y adolescente guardara un recuerdo único (a través del registro fotográfico) de la experiencia vivida y cada miembro del equipo profesional pudiera reenfocar la direccionalidad de sus intervenciones a partir de la constitución de un vínculo diferente con los mismos.

Se hicieron patente, por otra parte, dos aspectos implicados en el problema de la construcción de la identidad: el aspecto exterior como estigma o etiquetamiento, que responde a la pregunta: ¿Quién dicen que soy? ¿Qué soy para ellos?; y el aspecto más profundo de la identidad o autoidentidad como toma de conciencia de la propia existencia y que responde a la pregunta: ¿Quién soy para mí?

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV. *Trabajo e identidad ante la invasión globalizadora*. Bs. As., Ed. Cinco, 2000.
- AL AUGNIER, P. *La violencia de la interpretación*. Buenos Aires, Amorrortu, 1997.
- ALTAMIRANO, C. (Edit.), *Términos críticos de sociología de la cultura*. Buenos Aires, Paidós, 2002.
- ARFUCH, L. (Comp.) *Identidad sujetos y subjetividad*. Buenos Aires, Prometeo, 2002.
- ARFUCH, L. *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires, Paidós, 2002.
- ARIÉS, P. *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*. Madrid, Taurus, 1987.
- AUGÉ, M. *Los no lugares. Espacios del anonimato*. Barcelona, Gedisa, 1999.
- BAUMAN, Z. *Identidad*. Buenos Aires, Losada, 2005.
- BERGER, P.; LUCKMAN, T. *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires, Amorrortu, 2005.
- BATTISTINI, O. R. (Comp.), *El trabajo frente al espejo. Continuidades y rupturas en los procesos de construcción identitaria de los trabajadores*. Buenos Aires, Prometeo, 2004.
- BLEICHMAR, S. *Dolor país*. Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2002.
- BOURDIEU, P. *Cuestiones de sociología*. Madrid, Istmo, 2000.
- BOURDIEU, P.; CHAMBOREDON J.-C.; PASSERON, J.-C. *El oficio del sociólogo. Presupuestos epistemológicos*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.
- CANGUILHEM, G. *El conocimiento de la vida*. México, Siglo XXI, 1971.
- CAPLAN, P.; GASTALDI, M. G.; KREIMAN, M.; MANGAS, G.; URCOLA, M. "Identidad e identificaciones que conmueven la constitución de sujetos atrapados por su condición de pobreza y vulnerabilidad", en: *30º Congreso Interamericano de Psicología – SIP2005*. Buenos Aires, junio 2005.
- CASTEL, R. *La metamorfosis de la cuestión social*. Buenos Aires, Paidós, 1997.
- CLASE 13: "Narrativa y educación: relatos des/encontrados en la escuela" en: *Diplomatura Superior de Postgrado: Currículum y prácticas escolares en contexto*. FLACSO, 2002.
- CORREA, C.; LEWKOWICZ, I. *¿Se acabó la infancia? Ensayo sobre la distinción de la niñez*. Buenos Aires, Lumen-Hvmanitas, 1999.
- DAROS, W. *En la búsqueda de la identidad personal*. Rosario, UCEL, 2006.
- DAROS, W. *La filosofía posmoderna. ¿Buscar sentido hoy?* Rosario, CONICET-CE-RIDER, 1999.
- DAROS, W. R. "El problema de la identidad. Sugerencias desde la filosofía clásica" en: revista *Invenio* N° 14, Junio 2005, pp. 31-44.
- DAROS, W. R. *Individuo, sociedad, educación. Enfoque sistemático de José Ortega y Gasset*. Rosario, UCEL, 2000.
- DI TELLA, T. S. (Sup.), *Diccionario de ciencias sociales y políticas*. Buenos Aires, Emecé, 2001.
- FOLEY, D. "El indígena silencioso como producción cultural", en: LEVINSON, B.; FOLEY, D.; HOLLAND, D. *The cultural production of the educated person. Critical ethnographies of schooling and local practice*. State University of New York, 1996.
- FOUCAULT, M. "El sujeto y el poder" en: *Revista Mexicana de Sociología* N° 3, 1988, p. 14.
- FOUCAULT, M. *Hermenéutica del sujeto*. Madrid, Altamira, 1986.
- FOUCAULT, M. *Microfísica del poder*. Madrid, Las Ediciones de La Piqueta, 1992.

- GARCÍA CANCLINI, N. *Diferentes, desiguales y desconectados*. Barcelona, Gedisa, 2004.
- GARCÍA CANCLINI, N. *La construcción de la identidad en la interculturalidad global*. Conferencia en coloquio internacional. Buenos Aires, Instituto Goethe, 2005.
- GIDDENS, A. *Modernidad e identidad del yo*. Barcelona, Península, 1997.
- GIDDENS, A. *Sociología*. Madrid, Alianza, 2001.
- GLUCKMAN, M. “Análisis de una situación social en Zululandia moderna” en: *Bricolage* N° 1, Universidad Autónoma de México, enero/marzo 2003.
- GOFFMAN, E. *Estigma*. Buenos Aires, Amorrortu, 1970.
- GOFFMAN, E. *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires, Amorrortu, 1988.
- GRASSI, E. (Coord.) *Las cosas del poder. Acerca del Estado, la política y la vida cotidiana*. Buenos Aires, Espacio, 1996.
- GRAVANO, A. *Antropología de lo barrial*. Buenos Aires, Espacio, 2004.
- GRIMA, J. M.; LE FUR, A. *¿Chicos de la calle o trabajo chico?*. Buenos Aires, Lumen-Hvmanitas, 1999.
- LAZZARI, A. “Panoramas de la antropología política del clientelismo” en: *Cuadernos de Antropología Social*, N° 7, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 1993.
- LÉVI-STRAUSS, C. *La identidad*. Barcelona, Petrel, 1981.
- LOBETO, C. “La ciudad: escenario-espacio de las luchas sociales” en: *1º Congreso Latinoamericano de Antropología*. Rosario, Escuela de Antropología, Facultad de Humanidades y Artes, UNR, Julio 2005.
- MENÉNDEZ, E. *La parte negada de la cultura. Relativismo, diferencias y racismo*. Barcelona, Bellaterra, 2002.
- MURILLO, S. (Coord.), *Sujetos a la incertidumbre: Transformaciones sociales y construcción de subjetividad en la Buenos Aires Actual*. Buenos Aires, Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos, 2002.
- TAVELLA, A. M.; DAROS, W. *Valores modernos y posmodernos en las expectativas de vida de los jóvenes*. Rosario, UCEL, 2002.
- TAVELLA, A. M.; URCOLA, M.; DAROS, W. *Ser joven en Rosario. Estrategias de vida, políticas de intervención y búsquedas filosóficas*. Rosario, UNR Editora, 2004.
- ULLOA, F. *Novela clínica psicoanalítica. Historial de una práctica*. Buenos Aires, Paidós, 1995.
- VASILACHIS DE GIALDINO, I. *Pobres, pobreza, identidad y representaciones sociales*. Barcelona, Gedisa, 2003.
- VILAS, C. M. “Actores, sujetos, movimientos: ¿dónde quedaron las clases?” en: AA.VV. *Antropología Social y Política. Hegemonía y poder: el mundo en movimiento*. Buenos Aires, Eudeba, 1998.
- WACQUANT, L. *Paria urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Buenos Aires, Manantial, 2001.